

## Conferencias

### Roberto Ibáñez Disertó Sobre el Tema "Nueva Imagen de José E. Rodó"

III

Entró, luego, Ibáñez, en las revelaciones autobiográficas que arrojaban los manuscritos de José Enrique Rodó. A este respecto, habló, primeramente, de los cuadernos de adolescencia: Rodó —expuso, otra vez— vivió en una inacabable actitud confidencial. Así, sus apuntes de adolescencia, dispersos en multitud de cuadernos y folios, revelaban con prodigalidad el carácter en ciernes, patentizado, por ejemplo, en la pasión del arte y en la temprana conciencia cívica: en este sentido, poseía un notable interés la carta a Máximo Santos (agosto de 1886) escrita por Rodó a los 15 años y que presentaba a éste ya como seguro y prematuro conductor de conciencias. En tales borradores de adolescencia se entremezclaban palabras y garabatos, firmas y rúbricas en serie, dibujos desmañados y fechas, prosas y versos, resúmenes de lecturas, cuentos, cartas y confesiones, lo doméstico y lo político, los proyectos del periodista novel, el precoz sentimiento de América, el sentimiento inocente de la gloria literaria, las efusiones de la amistad y del amor. Pudo, así, Ibáñez identificar al camarada predilecto de la infancia y de la adolescencia, Baldomero Felipe Correa, con quien Rodó se vinculó entrañablemente: en 1886, leían ambos los mismos libros, redactaban obras en colaboración, coincidían en la voluntad de ser periodistas, en la abominación de Santos y en el entusiasmo por la filatelia. En igual forma, consiguió descubrir Ibáñez —explicado en poemas, confidencias y cartas— el amor del adolescente Rodó por Luisa, una misteriosa criatura a la que Rodó invocaba y escribió durante casi un lustro, ya enunciando su nombre, ya disimulándolo con deliciosa timidez de enamorado primerizo; por el propio Rodó —sólo por él— conocíamos a Luisa: a través de los versos que le dirigiera durante cinco años, de los borradores de las cartas que le enviaba (Ibáñez dió a conocer y comentó, aquí, el borrador de una interesantísima carta a Luisa, del 18 de febrero de 1889), y de las confidencias dispersas en los cuadernos referidos; Luisa pertenecía, sin duda, a una familia vinculada con la de Rodó: éste, a los 14 años, se enamoró y, hasta los 19, celebró y exaltó a la niña con quien se carteaba, al parecer; empero, esas relaciones concluyeron con la partida de Luisa, en 1890, de Montevideo, resolviéndose así, en secreta desolación, el primer suceso de correspondencia profunda de Rodó: al descubrirlo, pues, ahora, se probaba que en la adolescencia de Rodó no faltó el inefable llamamiento (Más tarde, Rodó se enamoró de nuevo, y siempre el eterno femenino cruzó sobre su alma). Entró, después, que a partir de 1891, las confidencias de Rodó se espaciaban, si nos ateníamos a los papeles conservados, pero que, no obstante eso, los manuscritos autobiográficos, aunque esclarecidos con intermitencias los años corridos desde entonces hasta el momento de la salida para Europa, le permitían a él afirmar que Rodó padeció, al menos, tres grandes crisis en ese lapso: la primera, en abril de 1891, cuando por momentáneas penurias de su hogar, tuvo que emplearse en el Banco de Cobranzas, abandonando sus estudios, represando su afán de lecturas y creyendo que se malograba el entreabierto porvenir; la segunda —que por exacerbación del sufrimiento lo torturó con la obsesión de la locura— en abril de 1894, ante el umbral de la definitiva iniciación literaria; la última (que se prolongó con intervalos de relativo sosiego hasta las vísperas de su viaje a Europa), en 1905 y 1906 —su año triste—: fué la más extensa y la más grave; tres personajes anónimos y turbios, especulando con la bonhomía y la delicadeza de Rodó, lo engañaron y lo arruinaron, entregándolo a la voracidad de los usureros, forzándolo a postergar —sin esperanza según creyó por un instante— el viaje libertador (Sí; el viaje asumía, a sus ojos, el prestigio de un desencadenamiento, pero, como el Montalvo de su evocación, Rodó quería partir, no para olvidar, sino para conquistar nuevas perspectivas en el conocimiento desvelado de América, sustancia permanente de su profetismo); y, otra

evacuación. Rodó quería partir, no para olvidar, sino para conquistar nuevas perspectivas en el conocimiento desvelado de América sustancia permanentemente de su profetismo); y, otra vez, a fin de conllevar sus agonías, ignoradas por familiares y amigos, Rodó buscó en el papel desahogo y consuelo. Su soledad, cerrada en lágrimas dolía y admiraba; dolía la confesión de su pobreza; admiraba la dignidad de su silencio; eran los años de la máxima intensidad intelectual, y del máximo desasosiego íntimo: su gloria señoreaba en América, la usura señoreaba en su gloria (Ibáñez leyó, aquí, las impresionantes palabras contenidas en la página original de un diario íntimo de Rodó, fechada en 3 de mayo de 1906). Por fin, con el alma aquietada, se embarcó, en el "Amazón": rumbo al viejo mundo, y aún más lejos. Y dijo, todavía, dos palabras sobre las memorias de las postrimerias de Rodó: Eran —explicó— apuntes condensados en diez cuadernitos; cinco formaban lo que podría llamarse su **Diario de viaje**, y, los restantes, se diría, su **Diario de salud**; en el primero, comenzado el 14 de julio de 1916, Rodó miraba hacia el mundo real donde asistía a las revelaciones del hombre y de las cosas, de la naturaleza y del arte, con sostenido deslumbramiento; en el segundo, inaugurado el 9 de diciembre de 1916, atendía a su cuerpo, secretamente herido; llevó el primer diario hasta el 22 de abril de 1917 y, el otro, hasta el 25 del mismo mes; seis días más tarde, la muerte lo eligió: el 19 de mayo de 1917. Mirábamnos, de nuevo, la hoja final: tras el rasgo postrero que el lápiz de Rodó estampara, el irreductible espacio en blanco para su destino de escritor.

Ibáñez hizo referencia, por último, a la obra inédita de José Enrique Rodó: a los **Nuevos Motivos de Proteo**. Cuando él —expresó, entonces— logró coordinar una serie de cuadernillos con apuntamientos y redacciones parciales para los **Nuevos Motivos de Proteo**, tuvo la certidumbre de que estaba en presencia de un material invaluable, cuya consulta podría contribuir a vencer el enigma relacionado con la supuesta pérdida de los originales respectivos. Ahora bien; a pesar de afirmaciones y hasta del anticipo de fragmentos, por parte de Rodó; no obstante, también, lo afirmado por sus hermanos en los **Últimos Motivos de Proteo**; y sin embargo de las aclaraciones de Julia Rodó al propio Ibáñez los manuscritos y documentos del Archivo no confirmaban la ausencia difundida hasta hoy; el mismo Rodó, inexorablemente minucioso en el registro de su acontecer biográfico y literario, nunca mencionó los **Nuevos Motivos de Proteo**; en suma: Rodó, sin perjuicio de compenetrar o perfeccionar fragmentos aislados, difícilmente pudo concluir los **Nuevos Motivos de Proteo**. Estos cuadernillos —siguió—, recién descubiertos, parecerían certificar la conjetura. Formaban, ellos, un conjunto de 700 folios manuscritos; fueron compuestos entre 1910 y 1913, y contenían apuntamientos y redacciones aisladas. Los mismos solían ostentar, como un reticelo, nueve o diez títulos, reiterados con obsesiva insistencia, en el curso de las 700 hojas. Esos títulos ratificaban la rehabilitación de viejos motivos y la asunción de alguno más o menos nuevo; eran éstos, en orden decreciente: **Dolor, Pasado (o Recuerdo), La personalidad y la obra, Lectura**, en primer término; luego: **Vocaciones, Diálogos sobre los Dioses, La transformación genial, El alma nueva (motivo con que Rodó pensaba inaugurar el volumen) y La evolución de las ideas**. Tres cosas —observó— resultaban llamativas, en especial. Ante todo, la frecuencia —casi obsesiva— con que se ilustraba el tema del dolor y del recuerdo (acá, Ibáñez leyó y comentó una página reveladora, de extraordinaria trascendencia, aunque literariamente consistiera en un bosquejo, destinada a modificar en definitiva, la común imagen de Rodó, agonista constante: "**Dolor, El optimismo de Proteo**"). Otro aspecto desentrañable primariamente en estos gérmenes del nuevo Proteo, era el problema religioso, cuyo planteo signaba Rodó con una fórmula: **Diálogos sobre los dioses**; en ellos, Rodó se encaraba con la muerte y con lo divino del mundo; y para desoprimir a la vez la responsabilidad humana y la responsabilidad sobrenatural, organizaba una teodicea donde la divinidad única y absoluta era sustituida por divinidades limitadas, que reconocían a su vez otras divinidades superiores, "y así indefinidamente"; no olvidaba lo inmediato; y hablaba de lo que llamaba la gran reintegración. Luego se absorbía en las

temas del misterio, y levantaba en su memoria perdidos soles matutinos para alumbrar el rostro de la muerte (Ibáñez leyó, entonces, el pasaje donde Rodó aludía a "la solución del problema de la **lendemain de la mort**"); y se detenía, de nuevo con los ojos en la vida, a la orilla del día prodigioso que justificara la expectación del hombre; era lo que llamaba, Rodó, su teoría del momento milenario. Quedara, pues —agregó, en síntesis—, sólo entreabierto un resquicio que permitía columbrar, sin embargo, las meditaciones de Rodó sobre problemas apenas soslayados en sus libros precedentes y que hacían pensar en un tercer Proteo, en unos **Novísimos Motivos**; en cambio, el último de los tres aspectos memorables señalados en estos bosquejos, consistía en la renovación de viejos temas, ahora polarizados: los avatares de la personalidad, vistos con preferencia al resplandor —y en el secreto— de la creación o de la obra; además, reaparecía Glauco "el huésped sereno", al que dedicara Rodó tanto espacio al iniciar su Proteo, sigilándolo después; y Albatros, a la vera del recuerdo; y se reactivaban muchas otras páginas que parecieron madurar en silenciosa espera; por fin, para enlazar el nuevo libro con el anterior, Rodó se proponía, a sí mismo, embebido como siempre en un diálogo profundo, esta fórmula: "Reanudemos nuestro coloquio...".

Terminó, poco después, Ibáñez, su conferencia diciendo, primero, que había querido, reuniendo una serie de figuras y de datos, alcanzar en lo posible la nueva imagen de José Enrique Rodó; que esta luz, que era para nosotros la cotidiana, era, para él, elisea; y que sus palabras, a la orilla de la hazaña de Rodó, eran una glosa de su laurel. Y manifestando, luego, que con estas palabras suyas cerraba el ciclo dedicado a Rodó, hasta con el íntimo o melancólico sentimiento, por parte suya, de que las mismas eran, durante dos años al menos, las últimas palabras que él pronunciaba públicamente en esta su tierra.